

La infodemia solo es reversible con el ejercicio profesional del periodismo.

Lila Luchessi

luchessi@gmail.com

Pensar la comunicación, la información y las noticias en contextos de incertidumbre plantea la necesidad de comprender los impactos emocionales de la información de catástrofe sobre las audiencias y el modo en que una pandemia estipula las necesidades globales, locales y hiperlocales de información.

En este contexto, la tarea del periodismo -o la gestión profesional de las noticias- es central. En situaciones de peligro o alarma social, la confusión, desinformación o lo que la Organización Mundial de la Salud categoriza como infodemia solo es reversible con el ejercicio profesional del periodismo.

Sin embargo, por la construcción que la mayoría de quienes desarrollan sus tareas en diferentes medios realizan respecto de la categoría de independencia, el uso de fuentes oficiales, relacionadas con organismos estatales nacionales y supranacionales, genera desconfianza, reticencia y en más de un caso reacción.

Esto genera que se incorporen versiones, posicionamientos y pseudonoticias que tienden a confundir, atemorizar y básicamente desinformar a la población. Estas situaciones, en escenarios de profunda incertidumbre, colaboran con la sensación de perplejidad, desamparo y angustia. También, profundizan la incredulidad de las audiencias sobre las instituciones en la medida en que se alejan de cualquier forma de certidumbre.

Este tipo de narrativas abonan la construcción de fuertes creencias, mayoritariamente binarias, sobre formas conspirativas para el ejercicio de la política. Acentúan posicionamientos antipolíticos e impactan directamente sobre la cantidad de personas expuestas a contagios por falta de cuidados o mera oposición a todo lo que resulte oficial.

La lógica de la reacción, cuya única propuesta es oponerse a cualquier iniciativa que se toma desde las dirigencias públicas o privadas, tiene una fuerte raigambre antes del comienzo de la pandemia y se acentúa con la imposibilidad de proyectar certidumbre sobre la salud, la prevención y la gestión de la salud, al tiempo que se dicotomiza su prioridad en competencia con la economía.

Contrariamente a la necesidad de los datos chequeados, sostenidos en estadísticas y explicados por voces autorizadas, como propondría el periodismo de precisión, desde la gestión de la información se relativiza la capacidad de gestión de los organismos estatales y la experticia de quienes trabajan como asesores científicos del gobierno.

Esto lleva a construir una narrativa paradójica y altamente inconsistente. Para degradar las voces oficiales y la autoridad que se genera desde los centros de investigación y conocimiento, se construyen historias ancladas en la emoción y en las que se omiten datos -o en el peor de los casos se los tergiversan- para instalar versiones, tensiones y pseudo acontecimientos que dan entidad a la creencia colectiva en la conspiración.

Este panorama insta a repensar las relaciones entre la prensa y los organismos públicos. Cómo puede realizarse una gestión armónica de la tensión para rescatar insumos interesantes para construir una información social que cubra las necesidades informativas de la población.

En este punto, una de las cosas más relevantes que deja la pandemia es la gestión de un acontecimiento -que es global- y unas necesidades de información finamente localizadas. Es que las ciudadanía requieren datos específicos acorde con la cantidad de casos, las cepas en circulación, las políticas concretas en cada Estado (nacional, provincial o municipal) en un contexto de tensiones entre quienes administran la crisis y quienes deben narrarla.

Entonces, volver a los parámetros que se estipulan en el proceso de newsmaking para garantizar el correcto tratamiento de los datos, puede ser el aporte central e indispensable de los periodistas para evitar la infodemia y la naturalización de las operaciones sostenidas en fake news.